

PENTECOSTÉS Y EVANGELIZACIÓN

Ildefonso Fernández Caballero

“Para mantener vivo el ardor misionero hace falta una decidida confianza en el Espíritu Santo, porque Él «viene en ayuda de nuestra debilidad» (Rm 8,26) . Pero esa confianza generosa tiene que alimentarse y para eso necesitamos invocarlo constantemente. Él puede sanar todo lo que nos debilita en el empeño misionero. Es verdad que esta confianza en lo invisible puede producirnos cierto vértigo: es como sumergirse en un mar donde no sabemos qué vamos a encontrar” (EG 280).

Por eso, hablar hoy del Espíritu Santo es más que enumerarlo como tercera persona de la Santísima Trinidad. El Espíritu Santo sigue perteneciendo, para algunos, a las esferas celestiales y no tiene relación con las realidades de la Iglesia y de nuestro mundo. Es necesario insistir en que no puede haber evangelización sin contar con la presencia y acción del Espíritu en la Iglesia y en la historia, siguiendo la invitación del papa Francisco.

Espíritu y Palabra en la liturgia.

Tratando sobre la nueva evangelización, Benedicto XVI destacaba la relación entre el Espíritu Santo y la Escritura: “Todo misionero del Evangelio ha de tener siempre presente esta verdad: es el Señor quien mueve los corazones con su palabra y su Espíritu, llamando a las personas a la fe y a la comunión en el seno de la Iglesia”. (*Homilía en el I Encuentro Internacional de Nuevos Evangelizadores*, 16-10- 2011)

Anteriormente había escrito: “Quisiera subrayar también, con respecto a la relación entre el Espíritu Santo y la Escritura, el testimonio significativo que encontramos en los textos litúrgicos, donde la Palabra de Dios es proclamada, escuchada y explicada a los fieles. Se trata de antiguas oraciones que en forma de epiclesis invocan al Espíritu antes de la proclamación de las lecturas: «Envía tu Espíritu Santo Paráclito sobre nuestras almas y haznos comprender las Escrituras inspiradas por él; y a mí concédeme interpretarlas de manera digna, para que los fieles aquí reunidos saquen provecho». Del mismo modo, encontramos oraciones al final de la homilía que invocan a Dios pidiendo el don del Espíritu sobre los fieles: «Dios salvador... te imploramos en favor de este pueblo: envía sobre él el Espíritu Santo; el Señor Jesús lo visite, hable a las mentes de todos y disponga los corazones para la fe y conduzca nuestras almas hacia ti, Dios de las Misericordias»”. (Exh. Ap. Verbum Domini, 30-9-2010, n.16).

La Palabra de Dios, sobre todo si es leída y escuchada en la liturgia, se hace viva por el Espíritu como si en aquel mismo momento fuese pronunciada por el Señor; y sin la acción del Espíritu Santo no podría ser acogida por los fieles. (cf. CEC 1101-1102).

En medio de una sociedad donde crecen la increencia y la indiferencia religiosa, la Iglesia necesita que la Palabra que resuena en la acción litúrgica ayude a vivir una fe mejor conocida, apreciada, cantada y anunciada.

“La Iglesia siempre ha sido consciente de que, en el acto litúrgico, la palabra de Dios va acompañada por la íntima acción del Espíritu Santo, que la hace operante en el corazón de los fieles” (Benedicto XVI, Verbum Domini, 52). Cuando no se tiene en cuenta la presencia del Espíritu, la proclamación de la Palabra se convierte en puro rito que hay que cumplir, se vuelve

ininteligible por aparecer fuera de su contexto bíblico y litúrgico, y se torna inaplicable en la actualidad porque aparece sin conexión con las realidades que viven los oyentes.

Espíritu y comunidad,

Benedicto XVI, en su *Homilía en el I Encuentro Internacional de Nuevos Evangelizadores*, afirma: “El Espíritu mueve los corazones “llamando a las personas a la comunión en el seno de la Iglesia”. El libro de los Hechos, describe la unanimidad y la “comunión” de los primeros cristianos como manifestación de la presencia y aliento del Espíritu Santo (cf 2, 42-47). El rasgo predominante es la unión-comunión en torno a la enseñanza de los apóstoles. La vida comunitaria se expresa además en la “fracción del pan” y oraciones, y alcanza realización más concreta en la comunicación de bienes. Este último aspecto evita que una vida comunitaria conforme al Espíritu, pueda ser entendida, por parte de los cristianos, sin repercusión en los aspectos sociales, incluidos los económicos.

Cinco años después de la terminación del Concilio Vaticano II, el Cardenal Suenens constataba refiriéndose a la Constitución *Lumen Gentium*: “Se ha dicho que...al tratar primero del conjunto de la Iglesia como pueblo de Dios y a continuación de la jerarquía como servicio a este pueblo, hemos hecho una revolución copernicana. Creo que es verdad: esta inversión nos impone como una especie de revolución mental, cuyas consecuencias no hemos terminado aún de medir”.

Hoy, cuando están próximos a cumplirse los cincuenta años de la clausura del Concilio, la Nueva Evangelización ha de continuar subrayando la dimensión comunitaria de la fe como constitutiva del ser cristiano fomentando la participación de todos los bautizados en las celebraciones, dando prioridad, en la actual situación de “emergencia educativa”, a los procesos de educación en la fe y en los valores evangélicos para que estos se encarnen en la vida, y promoviendo la comunicación cristiana de bienes en formas adecuadas a la situación social y económica del momento presente.

Espíritu y crecimiento de la Iglesia.

El libro de los Hechos muestra cómo la Iglesia, creada por la acción del Espíritu, va creciendo y extendiéndose por la acción del mismo Espíritu, hasta llegar a Roma, centro del mundo conocido entonces. Describe la época constitutiva y constitucional del cristianismo como modelo de toda posterior acción evangelizadora en la historia y en el espacio. Los Hechos de los Apóstoles no agotan la acción del Dios trinitario en la etapa fundacional sino que ponen las bases para continuar hasta el fin del tiempo.

El Vaticano II compara a la Iglesia, “por una notable analogía, al misterio del Verbo encarnado, pues así como la naturaleza asumida sirve al Verbo divino como de instrumento vivo de salvación unido indisolublemente a Él, de modo semejante la articulación social de la Iglesia sirve al Espíritu Santo, que la vivifica, para el crecimiento de su cuerpo (cf. Ef 4, 16)” (LG 8).

El crecimiento y la difusión de la Iglesia, esencial en el concepto de nueva evangelización, tiene siempre como protagonista al Espíritu del Señor, de forma que, para los cristianos de todos los tiempos, valen las palabras de la primera carta de san Pedro: «y ahora se os anuncia por medio de predicadores que nos han traído el Evangelio con la fuerza del Espíritu enviado del cielo» (1 Pe 1,12)

La fuerza del Espíritu anima a los evangelizadores y hace eficaz el anuncio del evangelio. Sin esa fuerza no se explica la actitud de lo que el libro de los Hechos llama “parresía”: es una mezcla de confianza, valor, fuerza y libertad, que caracteriza a toda la proclamación de la palabra

de Dios y a sus mensajeros. “Pablo nos deja una enseñanza muy valiosa, sacada de su experiencia. Escribe: «Cuando os anuncié nuestro evangelio no fue sólo de palabra, sino también con la fuerza del Espíritu Santo y con plena convicción» (1Tes 1, 5) (Benedicto XVI, *Homilía en el I Encuentro Internacional de Nuevos Evangelizadores*, 16-10-2011).

“En las manifestaciones cristianas de un pueblo evangelizado, el Espíritu Santo embellece a la Iglesia, mostrándole nuevos aspectos de la Revelación y regalándole un nuevo rostro. En la inculturación, la Iglesia «introduce a los pueblos con sus culturas en su misma comunidad» (Juan Pablo II, *Redemptoris missio*, 52), porque «toda cultura propone valores y formas positivas que pueden enriquecer la manera de anunciar, concebir y vivir el Evangelio (Juan Pablo II, *Ecclesia in Oceanía*, 16)» (Papa Francisco, *EG* 116).

Espíritu y apostolado seglar.

La Iglesia, impulsada por el Espíritu, evangeliza. Ahora bien, “La Iglesia no está verdaderamente formada, no vive plenamente, no es señal perfecta de Cristo entre los hombres, en tanto no exista y trabaje con la Jerarquía un laicado propiamente dicho. Porque el Evangelio no puede penetrar profundamente en las conciencias, en la vida y en el trabajo de un pueblo sin la presencia activa de los seglares. Por ello, ya al tiempo de fundar la Iglesia hay que atender sobre todo a la constitución de un maduro laicado cristiano” (AG 21).

El seglar es, entre los miembros de la Iglesia, el agente privilegiado de la nueva evangelización. “En un mundo secular los laicos – hombres y mujeres, niños jóvenes y ancianos – son los nuevos samaritanos, protagonistas de la nueva evangelización, con el Espíritu Santo que se les ha dado. El Espíritu Santo impulsa a los evangelizadores y hace que se conviertan, comprendan, y acepten el evangelio que se les propone. La nueva evangelización se hará, sobre todo, por los laicos o no se hará” (Conferencia Episcopal Española, *Los cristianos laicos, Iglesia en el mundo*, 18-23 noviembre 1979 n 148).

“En todos los bautizados, desde el primero hasta el último, actúa la fuerza santificadora del Espíritu que impulsa a evangelizar” “En virtud del Bautismo recibido, cada miembro del Pueblo de Dios se ha convertido en discípulo misionero (cf. *Mt* 28,19). Cada uno de los bautizados, cualquiera que sea su función en la Iglesia y el grado de ilustración de su fe, es un agente evangelizador, y sería inadecuado pensar en un esquema evangelización llevado a cabo por actores calificados donde el resto del pueblo fiel sea sólo receptivo de sus acciones” (Papa Francisco, *EG* 119 y 120).

Espíritu y signos.

El anuncio del Evangelio, “para ser pleno y fiel debe acompañarse de signos, de gestos como la predicación de Jesús. Palabra, Espíritu y convicción así entendida resultan pues inseparables y contribuyen a que el mensaje evangélico se difunda con eficacia” (CEE, *Los cristianos laicos, Iglesia en el mundo*, 148).

Para muchos cristianos, el Espíritu Santo está en el ámbito de la eternidad sin conexión con las preocupaciones de cada día, ausente de la historia y del acontecer de las personas y de la sociedad y, desde luego, lejos de los sufrimientos y alegrías de los seres humanos. Sigue habiendo cristianos convencidos de que para ser verdaderamente “espirituales” y dejarse llevar por el “Espíritu” tienen que abstraerse de las realidades materiales y sensibles y alejarse de todo lo que es sencillamente humano. Algunos vinculan las experiencias del Espíritu con las experiencias místicas, extáticas, contemplativas, y no con el empeño por aliviar el sufrimiento de las personas y hacer que que la sociedad se humanice.

No era así como Cristo mostraba la presencia del Espíritu, sino en el alivio de tanto sufrimiento como abrume a las personas que se sienten solas y abandonadas: “El Espíritu está sobre mí, porque él me ha ungido para que de la buena noticia a los pobres...”(cf. Lc 4, 17-21).

La Iglesia tiene que hacerse presente con signos de caridad en los “escenarios de la nueva evangelización” .

Benedicto XVI, en la carta apostólica *Ubicumque et semper*, con la cual erigió el Pontificio Consejo de la Nueva Evangelización, dice cuáles son los campos diferentes en que la Iglesia ha de dar hoy signos de que el Espíritu está sobre ella: *la cultura*: el Papa afirma que el mundo sufre por falta de pensamiento que empobrece la fe. *La liturgia*: las deficiencias en la celebración de la fe son, a la vez, signo y causa de la debilidad de la fe que se profesa. *La política*: la corrupción en este campo es causa de dolorosas fracturas y opresiones sociales; hacen falta servidores sinceros del bien común. *La inmigración*: es un fenómeno universal, y de variadas formas casi siempre injustas, que requiere respuesta desde la justicia y la caridad. *Los medios de comunicación social*: en vez de convertirse en medios de desencuentro y enfrentamiento deben estar al servicio del diálogo y del intercambio fructífero de los hombres entre sí, y mover a un encuentro profundo con Cristo. *La familia*: frente a formas sutiles que atacan su integridad, es necesario ayudarle a realizar su vocación de hogar y santuario. *La pastoral ordinaria*: las parroquias han de renovar su testimonio de amor cristiano en medio de la sociedad de nuestro tiempo.

“No hay mayor libertad que la de dejarse llevar por el Espíritu, renunciar a calcularlo y controlarlo todo, y permitir que Él nos ilumine, nos guíe, nos oriente, nos impulse hacia donde Él quiera. Él sabe bien lo que hace falta en cada época y en cada momento. ¡Esto se llama ser misteriosamente fecundos!” (Papa Francisco, *EG* 280).

Huelva, Pascua de 2015.